

Escritor Joaquín Gutiérrez

“No he tenido tiempo de aburrirme”

ERNESTO RIVERA CASASOLA
La República

Una mañana de diciembre en San José, la casa de un escritor y un perro llamado “Guapo”, que no para de ladrar. De pronto un hombre altísimo, con un montón de años apilados en la espalda, flaco y despeinado, entra y se apodera de la escena.

Se llama Joaquín Gutiérrez y es una de esas personas que de no haber existido, hubiera sido necesario inventar. Escritor, periodista, aventurero, político, traductor y viajero infatigable; dueño de una gracia y una dignidad insolentes, rememora gustoso retazos de su vida, como una manera quiza de conjurar el olvido en un año que recién comienza y con enseñanzas que nos pueden ayudar mucho a proyectar nuestro futuro.

UNA VIDA PROLIFICA

¿Qué edad tiene don Joaquín?

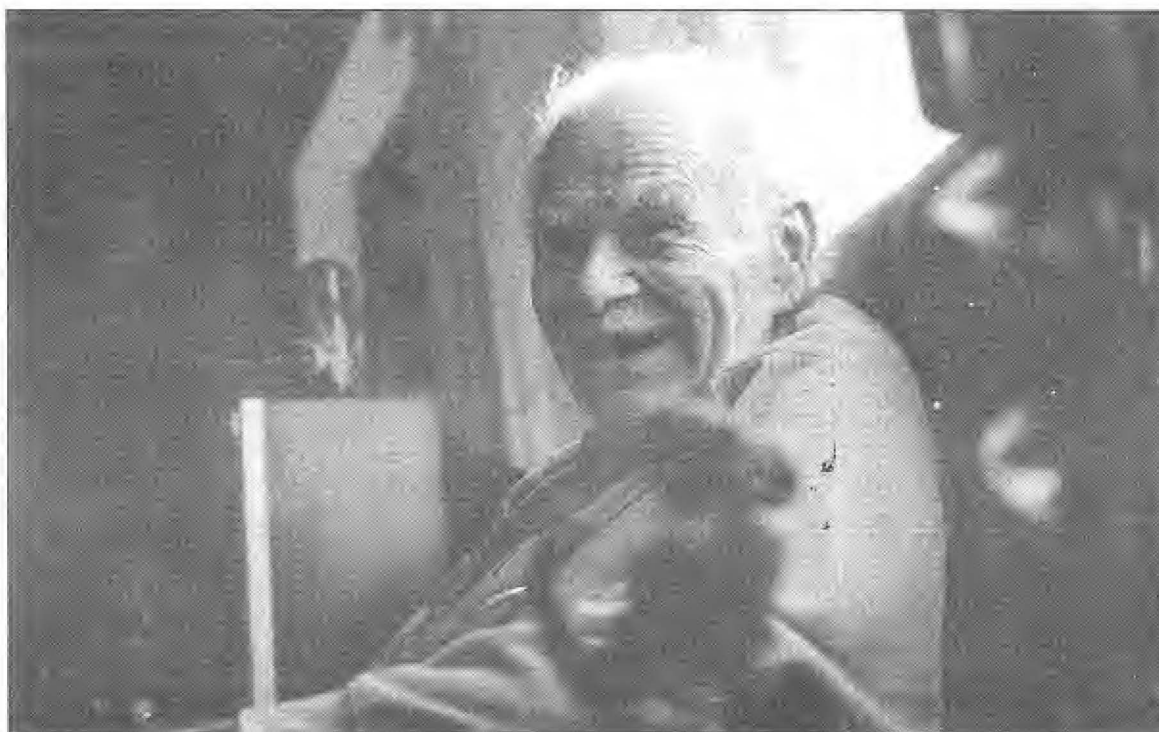
Todos los años... tengo todos los años que usted se pueda imaginar. ¡Ja, ja!

¿Usted nació en Limón en el año...?

No, fijate que yo miento mucho y como no me gusta San José, entonces digo eso. Limón es mi patria y es donde iba a veranear en mi niñez, eran los meses lindos, los meses de jugar. Además, con un compañero de juegos tan estupendo como es el mar...

¿Cómo era la gente de Limón en aquel tiempo?

Había una cosa muy bonita que tenía Limón, que era la diversidad de razas. Yo tenía amigos chinos, negros, blancos, verdes, de todos colores. Papá tenía finquillas y me llevaba con él desde que era muy chiquitillo, yo tenía mis polainitas desde los siete u ocho años. Fijate que era tan difícil hacer una finca que se tumbaban los árboles y no había tractores para sacarlos y eran unos árboles gigantes. La suerte era que la humedad y el calor eran tan grandes que se deshacían. Lo primero era cortar los árboles y lo segundo sentarse a esperar que se pudrieran. En menos de un año Limón se tragaba un arbolote inmenso, quedaban desechos...



Marco Monge/La República

“Con Neruda fuimos muy amigos. Cuando él salía de viaje le alquilábamos su Isla Negra para veranear con la familia”.

GRAN INFLUENCIA

Hay una marca que le da Limón. La geografía y la naturaleza tienen una presencia muy fuerte. ¿Cómo influyó esto en su literatura?

Limón, manglar... todos mis libros hablan de eso... San José no me gustó nunca.

En “La hoja del aire” usted cuenta que un día se aburríó y se fue para México. ¿Cómo fue eso?

Así es, me aburrí y me fui y tiempo después me fui para Chile, ese viaje fue más largo.

En primer lugar mi padre me mandó a Estados Unidos, era la crisis grande del capitalismo, años 1929-1930, época de la gran depresión económica, entonces me dijo: “Mire, no puedo darle una carrera entera, le voy a dar algo que le va a servir toda la vida: va a aprender inglés durante un año, con eso alcanza. Ya va a ver usted que con el segundo idioma se va a ganar la vida en cualquier parte. Yo le veo las ganas de andar por el mundo y el inglés le va a servir para eso...”.

¿Cómo fue llegar de Limón a Nueva York en aquella época?

Llegué a Nueva York en 1937

y ya era una ciudad de tres millones de personas, no los 15 millones que tiene ahora, que es una monstruosidad. Estando allí me tocó una cosa bonita... resulta que llega Manuel Mora a Nueva York, que ya había fundado el partido comunista tico, y de chiripa me encuentro con él en la calle. ¡Increíble encontrarse en aquella ciudad, en la Avenida 14! El se había propuesto para ir como brigadista a la Guerra Civil española y los gringos ya lo habían convenido de que no fuera güevón, le decían: “¡Usted ya fundó un partido, ¿cómo se va a ir de soldado raso a la guerra?”. Además, él tenía unos anteojos con unos lentes gruesos como culo de botella. Los mismos compañeros lo desanimaron y él quedó todo triste y fue cuando yo lo encontré...

¿Adónde iban ustedes en Nueva York en aquella época?

Era ir a museos y al cine... Una vez Manuel me dijo: “Joaquín, dicen que aquí hay mucha vida nocturna...”. Tenía ganas de irse de parranda, entonces una de las pocas salidas que nosotros podíamos pagar eran unos teatrillos de mala muerte, donde había números de variedades y salían unas bailarinas con unos grandes muslotes a bailar con ropa míni-

ma. Al rato de estar el show se comenzó a poner pasadamente colorado... ¡Ja, ja...! Entonces como Manuel era muy tímido, me dijo: “Joaquín, creo que ya hemos visto bastante...”, y salimos a mitad de la carajada. Quería un poco de acción, pero no tanta...

Apenas entré aquí, a su casa, vi una foto suya con Ho Chi Minh en la Guerra de Vietnam. ¿Cómo lo conoció?

Yo pensaba que no estaba cubierta bien la Guerra de Vietnam, nosotros estábamos viviendo en Moscú y lo que se hacía era remendar cables que se mandaban a toda América.

Entonces nos fuimos, a Pekín primero y de allí a Hanoi, que era la capital de Vietnam, y recorrí toda la zona como corresponsal de guerra...

¿Entró autorizado por el Vietnam, es decir, por el lado contrario a los norteamericanos...?

La preocupación era que no fuese un espía, ya que se metían muchos y uno al estar ahí accedía a muchos secretos. Imagínese: yo nunca había oído un tiro cerca y de pronto estaba en la Guerra de Vietnam, viajábamos con un compañero vietnamita que hablaba francés y así nos entendíamos.

¿Alguna vez estuvo en una situación de verdadero riesgo?

¡Claro! Una vez los yanquis ubicaron que había un extranjero que estaba recorriendo la zona en jeep, había aviones que pasaban en vuelo rasante todo el tiempo, alguno de ellos nos fotografió y como ahí no entraba cualquier güevón, a todos los extranjeros les prestaban mucha atención. Viajábamos al amanecer o al crepúsculo. Durante el día nos metíamos en una cabañita para que no me vieran a mí, que soy distinto a ellos por el tamaño, yo mido un metro noventa (1,9 m)... Salíamos al atardecer y nos la jugábamos un poquito. De noche era muy lindo porque no nos veían los aviones... Viajábamos por una carretera entre arrozales, cuando de pronto se abre la ventanita de una casuchita vietnamita y una viejita nos grita: “¡Mei bay, mei bay!”, que quiere decir: “Los aviones, los aviones”. Habían mandado a interceptar nuestro jeep, ya ellos sabían que nosotros viajábamos de noche... Entonces la viejita nos pegó el grito y vemos el avión que se tira en picada y nos comienza a volar bala.

Todo fue rapidísimo, apenas hicimos tiempo de frenar, correr unos diez metros y tirarnos de panza al suelo, cuando el avión soltó las bombas sobre la carretera y el jeep explotó pegadito donde estábamos... las bombas salieron del avión cuando corríamos... si no fuera por la viejita que nos avisa, ¡nos hubieran puesto las bombas en la mera jupa...!

¿Cómo fue que empezó a escribir?

En el Liceo de Costa Rica y en el Colegio Seminario comencé con composiciones de escuela. Monseñor Sanabria fue profesor mío de castellano, de quien tengo una imagen inmensa por su inteligencia. Yo lo tuve como profesor de literatura en el Seminario año y medio y le encantaban mis composiciones, eran humorísticas y los muchachos se mataban de risa, se armaban unos escándalos... ¡y además sentirme alentado por monseñor Sanabria era algo colosal...!

¿Cuándo sintió usted que eso iba a ser su profesión?

Con estas composiciones sentí el poder que tenía la escritura sobre una masa y desde ahí lo supe.